

RESEÑA

Words and Distinctions for the Common Good: Practical Reason in the Logic of Social Science

Abend, Gabriel (2023)
Princeton University Press, 446 págs.
(ISBN: 9780691247052)

Pablo Vera Vega 

Universidad de La Laguna

Received: 10 August 2025 Accepted: 13 August 2025 Published: 6 October 2025

© 2025. This work is licensed under a Creative Commons “Attribution 4.0 International” license.
Teorema. Revista Internacional de Filosofía
ISSN/ISSN-e: 1888-1254

Es común —demasiado común— que al empezar una investigación que pretenda decir algo sobre lo social, el principio mismo de esa investigación se viva como una derrota. Nada se dirá que pueda llegar a ser definitivo. Sobrará, por consiguiente, todo final. Ese es su principio de apertura, de inconclusión, de máxima revisabilidad; principio que ha sido denunciado, comentado, y a veces incluso defendido, por multitud de autores. Destaca el conocido juicio de É. Durkheim, quien en su seminal *Les Règles de la méthode sociologique* (1895), señalaba que, en aquel momento, el estado del conocimiento de lo social era tal que parecía que los conceptos que debían ordenarlo se confundían en una amalgama de pasiones, de prejuicios y de vagas impresiones. Y aunque, por descontado, se ha mejorado y se ha profundizado en multitud de aspectos de lo social, prima aún la misma intuición que debió guiar las palabras de Durkheim. Eso explica, por ejemplo, toda la discusión sobre el tipo específico de vaguedad que W. B. Gallie observó en los por él denominados “conceptos esencialmente discutidos”, que coinciden máximamente con los conceptos de lo social y que son los que generan esa corriente de discusión ilimitada.

Contra esa inercia se rebela Gabriel Abend en su *Word and Distinctions for the Common Good* (en adelante, *W&D*); texto que, oportunamente, divide en once capítulos que están, a su vez, organizados en dos partes a las que Abend se refiere como “actos”. Así pues, el primer acto expresa un diagnóstico, el del desacuerdo casi consustancial al conocimiento de lo social; mientras que el segundo defiende un nuevo modo de afrontar tal dolencia, que es su propia propuesta. Y, además de algunos apéndices, *W&D* incluye, como es usual, un prólogo y un epílogo que comparten casi el mismo subtítulo (“*Prologue (or, will social scientists’ never ending disputes over words ever end?)*”) y “*Epilogue (so, will social scientists’ never ending disputes over words*

ever end?”), lo cual puede suscitar nos la imagen de una cierta circularidad. Según creo, esta imagen no sería inadecuada pues Abend en su crítica más que componer un programa de enmienda, nos invita a una conversación que atienda al modo en que usamos las palabras y al modo en que, con ellas, realizamos distinciones; pero es esta una conversación que Abend no pretende dejar zanjada, sino que sólo quiere sugerir cómo podríamos comenzarla. Habida cuenta del cariz práctico de su propuesta —se trata de hablar y de deliberar—, *W&D* no se enmarca, tal y como enfatiza el propio Abend, en el uso teórico de la razón, sino en el práctico; de ahí el subtítulo de *W&D: Practical Reason in the Logic of Social Science*.

Para lograr tal avance, Abend establece dos pasos “vitales” que corresponde dar al percibir algún desacuerdo en ciencias sociales. El primero consiste en la dilucidación de los niveles o estratos en los que se da el desacuerdo. Abend, quien ya en su *The Moral Background* (2014) había hecho uso de esta misma estrategia analítica, propone tres niveles diferenciados: el nivel en el que se dan los diferentes datos empíricos; el nivel en el que se dan las diferencias en el objeto de investigación; y, finalmente, el nivel en el que se dan los diferentes criterios que permiten decidir sobre las anteriores diferencias (p. 54-55). El segundo paso, que expresa el aspecto más crítico respecto de la (no) objetividad o (no) neutralidad de las ciencias sociales, consiste en la discusión y ubicación de qué beneficios reporta este o aquel uso terminológico o esta o aquella distinción (y de a quién se los reporta); o, lo que es lo mismo, qué intereses hay o puede haber detrás de cada investigación. Que se evidencien esos intereses puede fácilmente producir un colapso relativista. Sin embargo, Abend evade esa posibilidad al destacar —y en este punto reside el aspecto normativo más concreto de su propuesta— que no todos los intereses tienen por qué ser legítimos.

Este cerco de legitimidad se corresponde con una apelación al Bien Común. La guía de pensamiento sería “esta distinción (criterio, nombre u objeto) es la adecuada si, observada la realidad desde la perspectiva que esta nos ofrece, logra contribuir al Bien Común”. Naturalmente, hablar así del Bien Común puede sorprendernos e incluso sugerirnos algo misterioso e inefable, pero Abend determina su noción de Bien Común: su propuesta se adscribe, más que al mutualismo o al distributismo, al comunitarismo. Ese Bien se dice Común porque es para la comunidad y porque es hecho por ella. Son sus decisiones, las de la comunidad, las que lo construyen. Además, esas decisiones serán tomadas en una conversación democrática en la que la comunidad —la comunidad como un todo— será la que finalmente decida. Surgen en este punto dos objeciones importantes, aunque no imprevistas. La primera se bifurca en dos: ¿quién forma parte de ese *dêmos* y por qué? Abend corta ese clásico nudo gordiano al postular un maximalismo democrático según el cual sostiene que quienes deben intervenir en esa conversación son, aunque quizás sólo idealmente, todas las partes implicadas (p. 277). Pero esa solución no está exenta de problemas. Queda ahí pendiente, por tanto, empezar otra conversación. La segunda objeción es más grave: ¿cómo se deberá proceder ante concepciones opuestas del Bien Común? ¿Qué ocurrirá cuando se llegue a un desacuerdo radical? Que existan este tipo de desacuerdos en el dominio de los juicios de hecho es muy discutible (y discutido), pero que existan en el dominio de los juicios de valor —y, más específicamente, en el ámbito de la ética y la estética— es un lugar común.

Pero si el proceso de discusión sólo quedase así mentado, resultaría algo vago e ineficaz. Abend propone dos actividades complementarias para lograr dirigir esas discusiones. A estas dos actividades las denomina “*Word goes first*” (WF) y “*Distinction*

goes first" (DF) (p. 136). El enfoque respecto de WF y de DF es fundamentalmente pragmático: lo que le interesa es que las cosas —ya sean estas "cosas" una organización, un proceso, un mecanismo...— funcionen mejor (p. 149). Ese es el aspecto por el que Abend define su proyecto como un intento de "intervención normativa en los lenguajes de las ciencias sociales" (p. 208).

Con ese espíritu pragmatista, describe la primera actividad, la WF, ligeramente inspirado en la lexicografía y en la semántica descriptiva (p. 203-5), como la sustitución de preguntas de corte esencialista tales como "¿qué es el neoliberalismo?" o "¿qué es un rito?" por preguntas referidas al uso de los términos; por ejemplo, "¿en qué contextos usamos la palabra 'neoliberalismo' y cuáles son las normas que rigen su uso?". Esta propuesta se vincula —cosa declarada— a las *Investigaciones Filosóficas*, de L. Wittgenstein; pero también al proyecto de R. Carnap de avanzar de un modo material de habla hacia uno formal. Ahora bien, aunque WF puede ligarse al abandono de la dimensión *de re*, de la cosa en sí de lo social y a su consiguiente sustitución por la dimensión *de dicto*; esta actividad de WF no es ontológicamente negativa, sino que se descompromete de la discusión sobre la referencia dada y propone que el debate gire en torno a la referencia más adecuada. Por tanto, son las palabras lo que aquí se discute y lo que se pretende establecer es una suerte de pacto por el que se llega a las palabras, desde las palabras y a través de las palabras (p. 236). Sin embargo, ese pacto no se da entre agentes totalmente libres: la actividad de WF está constreñida, tal y como nos dice Abend, por la naturaleza de la bestia; esto es, por la naturaleza de las palabras (p. 238). Esta naturaleza consiste, por una parte, en la vida e historia de los signos que utiliza el científico social: no podemos utilizar la palabra "gato" y "gobierno" como si fuesen intercambiables. Y, por otra parte, en lo que podemos denominar la "presión connotativa", que refiere a las implicaciones débiles, contextualmente debidas, quizás sólo implicaturadas, que acompañan al uso de un término cualquiera tan pronto como este empieza a ser usado. Esto limita bastante las posibilidades de WF; pero, a pesar de ello, la invitación a tal actividad sigue siendo perfectamente válida (e incluso deseable).

La segunda actividad, la DF, se desacopla de la primera por el supuesto de que las clases naturales no existen; esto es, que los cortes terminológicos no vienen impuestos por la Naturaleza (p. 141). Así pues, DF consiste en la actividad de discutir los cortes con los que fragmentamos la realidad de lo social atendiendo a que no hay "cortes inocentes": toda clasificación, nos dice Abend, está comprometida (p. 238). Este compromiso genera una paradoja en la DF: por una parte, la realidad no dicta qué cortes deben hacerse, lo cual dota al investigador social de una gran libertad; pero, por otra parte, la validez o adecuación de toda distinción queda a juicio de la comunidad, lo cual limita mucho su libertad puesto que, como recuerda Abend, "no todo vale" (p. 244). Ahora bien, una manera genérica de evitar que la comunidad enmiende la totalidad de alguna propuesta de distinción es, según propone Abend, la de observar las diferentes dimensiones en las que tal distinción puede ser útil o deseable (p. 247-57). Ese pluralismo de utilidades o deseabilidades puede generar un marco de tolerancia/democracia en el que florezcan distinciones que, aun habiendo sido propuestas individualmente, sean discutidas y aceptadas en y por la comunidad.

Pero ese marco de tolerancia y democracia podría ser contraproducente: el "no todo vale" que sirve como máxima deliberativa podría acabar convirtiéndose en "nada hay que no valga en algún aspecto", lo cual podría conducirnos a un inmovilismo incluso mayor que el que podrían generar los desacuerdos respecto a qué pueda ser el

Bien Común o respecto a la pertenencia o no a la comunidad deliberativa relevante. Sin embargo, esta no es tampoco una objeción fuerte; es, en realidad, una marca de realidad: son muchos los peligros y muchos los frentes abiertos que debe afrontar la conversación a la que nos invita Abend.

En definitiva, *W&D*, más que resolver los problemas que señala, los enmarca en una nueva óptica capaz de ofrecer mayor claridad y mejores distinciones en el ámbito de las ciencias sociales. No se trata de una guía definitiva, sino de una invitación que hace del lenguaje de las ciencias sociales un objeto de deliberación. Lo cual nos obliga a reflexionar sobre cómo, a través de nuestras palabras, construimos tanto la ciencia de lo social como la realidad social misma. En este sentido, *W&D* se enmarca en un esfuerzo por vindicar una práctica científica más consciente de sus propios instrumentos conceptuales, más democrática en su deliberación y, en última instancia, más comprometida con el Bien Común.